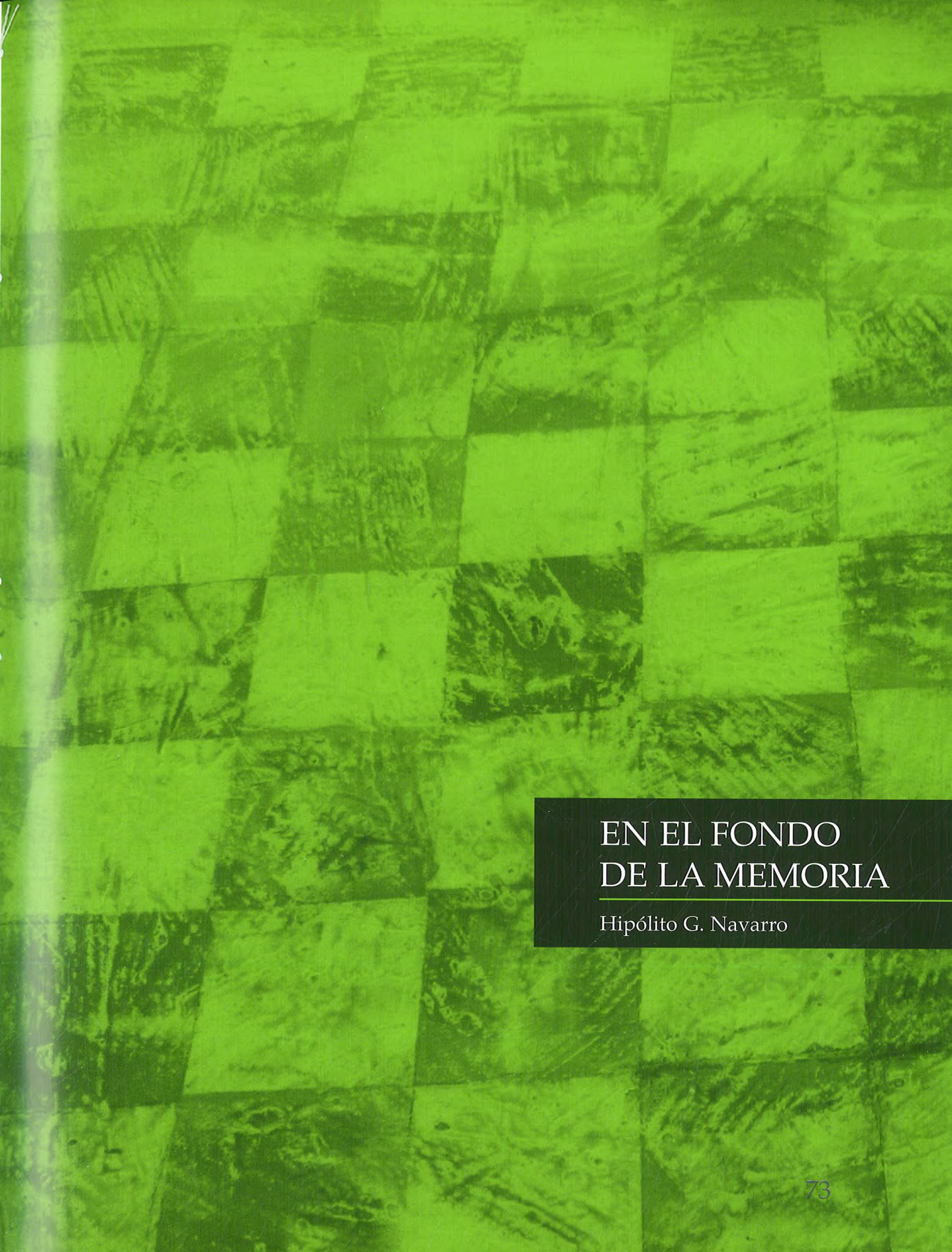


EN EL FONDO DE LA MEMORIA

Hipólito G. Navarro

Los signos me acosan. Están diciéndome algo. Me han susurrado frases incomprensibles a los ojos en el cuarto de baño, en el sofá junto a la ventana, desde el suelo me están mirando con bocas abiertas que me comen, y yo sin saber, como agazapado, a la espera de algo avieso que me dará el zarpazo por la espalda en cualquier momento por más vigilante que me mantenga, de paseo por la casa en la angustiosa espera de esta mujer, con las manos hundidas en los bolsillos, escarbando pelusas de abandono por los pliegues ya calientes de tanto manoseo...

Arriba, junto a los bafles de la música enmudecida, dos rezagadas mariposas nocturnas revolotean construyendo otros signos en el pentagrama indescifrable de los augurios. Parecen nerviosas, casi humanas. ¿Qué va a pasar? Dicen que los perros y los gatos y los helechos y begonias presienten los terremotos mucho antes que los sismógrafos; algo en el aire con tufillo a catástrofe los avisa, los pone en guardia. Ese mismo algo eriza ahora el pelo de su gato ahí ovillado en el cojín. Está observándome descaradamente en silencio, desde que ella se fue. Con un ojo cerrado mira hacia dentro mientras con el otro persigue mi terco paseo por el salón, y hasta parece que contara los pasos. Seis pasos a la ida, seis a la vuelta, seis a la ida, seis a la vuelta, interminablemente, como un preso ordena su caminata en el limitado espacio de la celda. Seis a la ida, seis a la vuelta, el cálculo perfecto que salta hecho añicos cuando salen siete a la ida y cinco a la vuelta, ¡no puede ser!, comprobemos... siete a la ida, siete, imposible, y cinco a la vuelta, menos todavía, imposible, imposible, ¿estoy loco o qué?, todavía una vez más siete a la ida y cinco a la vuelta, los fijos itinerarios de la arquitectura guiñando de esa forma hasta que un oportuno tlic por la nuca me devuelve a los seis a la ida y los seis a la vuelta conocidos y tranquilizadores, de sentido común.

Hay algo terriblemente amenazador en esta espera. Qué sé yo lo que estarán sintiendo el gato, el poto o la begonia, premoniciones tal vez de temblores o corrimientos de tierras que se estarán formando en el centro del planeta hoy o ayer o pasado mañana para aflorar con estrépitos de ópera wagneriana en un lugar indefinido aún, en un volcán dormido desde el tiempo de los grandes saurios, en la catedral de Ulm, en la sede del Parlamento de Islandia, en una línea abierta entre dos azulejos al lado de la bañera, aquí mismo. ¿Qué demonios va a pasar?, me pregunto.

Analicemos los signos: afuera llueve con ganas, caen gotas endiabladas en el tejado, se reúnen enseguida en las canales, forman ríos inquie-

tos que se tiran en cascada sobre el canalón sucio de pájaros y murciélagos muertos. Esos ríos engrosados desbordan pronto la capacidad de desagüe de la tubería y desde el lugar más gastado por las tormentas caen en trenzas y gotas sueltas hacia la pared desnuda y desconchada, arrastrando pedazos de cal, partículas de cemento, limaduras del ladrillo expuesto a la erosión. La figura cambiante que dibuja la pared en su deterioro es monja primero, mi abuela retratada en sepia después, luego una serie de abultamientos y descalabros inexplicables, fetos, barrigas hinchadas, gestación de ideas que se arremolinan unas detrás de otras sin dar lugar a algo claro y definitivo. Llegado a este punto dejo de mirar para volver sistemática y calladamente a los seis a la ida y los seis de retorno que recomienzan una nueva ida a otros seis y así y así y así.

¿Pero no me dijo ella que a las tres ya estaría aquí?

Otros signos: sentado en la taza del váter, momento de los pensamientos enfrentado a la toalla del lavabo, los revoltosos arpegios del rizo americano algodón ciento por ciento se hacen sinfonía y en un rincón de la tela una cara de niño regordete me mira con cara de niño regordete. Después de una urgente operación de alisado con la mano en la suavidad de la toalla y distinto sesgo en la mirada, los mismos rizos con otras arrugas construyen otra cara también de niño regordete que se asemeja diabólicamente al de la foto robada del bolso de ella. Pellizcamiento de párpados, diferentes ángulos de visión, incursiones con el rabillo del ojo por las texturas caleidoscópicas de la toalla que insisten obsesivamente en las caras de niños regordetes, y al final tirar de la cadena con la fuerza agarrotada de los puñetazos, estúpida fuerza a destiempo, y otra vez entonces seis a la ida, seis a la vuelta, esperándola que dijo que lo más tardar a las tres venía a por sus cosas y pasan de las cuatro.

Más, más signos: varias losetas sueltas en el suelo que piso en mis caminatas claquean con fonéticas de pianos constipados, salientes que me atraviesan de zancadillas el ensimismamiento y la concentración, que me hacen putear por encima de la sinfonía de la lluvia. Losetas que levanto buscando tesoros ocultos, más sorpresas aún, huecos en el piso como vientres abiertos pariéndome en los ojos años imbéciles sin sospechar nada, y ahora con la foto en el bolsillo de la camisa debajo del paquete de tabaco como una sentencia, pena de muerte, cadena perpetua. ¿Qué va a pasar?

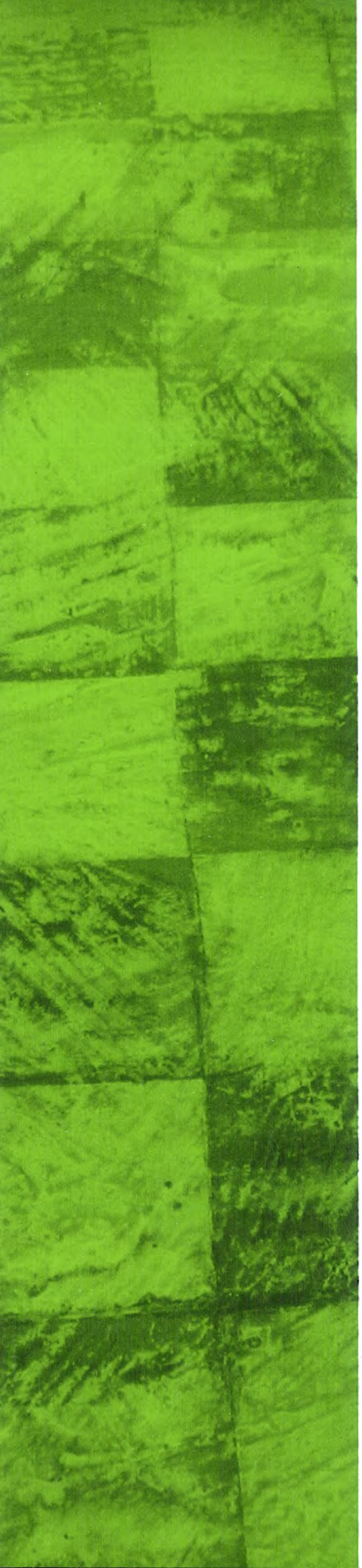
Los signos me acosan, intentan decirme algo, ¿pero qué? Si fuese al menos gato para los terremotos... Por otra parte, en la mitad justo de los

seis por seis del interminable paseo de la espera, la mancha en el azogue del espejo antiguo del salón que no termina de mostrar lo que sabe, que con esa fría inconsciencia de lo mineral reconstruye las líneas de mi cara al mirarme como se le antoja. Verme en el espejo sin verme, el del espejo viendo sin ser visto, con esos sarpullidos del cristal en forma de círculo con más círculos dentro, el tambor de un revólver, una dentadura castigada de caries, un ojo purulento, hinchado, mi nariz en el centro de la deformación de los reflejos, yo meciéndome con el baile del boxeador que está perdiendo la bolsa por la que pelea; qué signos más despiadados, ¿qué va a pasar?

Ya tenía que estar aquí esta mujer. Sus cosas me estorban, no soporto que quede un mínimo trapo, una media enredada en los palos de una silla, su pijama de satén bajo la almohada para las pesadillas, el olor de los pañuelos tan a ella y a sus lugares más secretos. Que se lleve el gato y las macetas. Que se lo lleve todo. Todo menos la foto del niño.

Más y más signos: los pliegues de la ropa de la cama ya sin ella, las arrugas del gato hecho una rosca en el cojín, la disposición torturada de las hojas del poto derramándose desde lo alto de la estantería, mis pelos revueltos soñando el paralelismo de las púas del peine desde hace días..., y cuatro hormigas en fila por los azulejos de la cocina acarreando los restos de nuestro último almuerzo, cuatro hormigas que se van como se van cuatro años de este matrimonio nuestro triturado por la foto del niño regordete, su hijo nunca mencionado, jamás sospechado, como inventado a última hora para salir corriendo y tomarlo en sus brazos después de tanto tiempo clandestino, apretarlo, sentirlo suyo al fin después de las vergüenzas impuestas por ella misma y por un obstinado mecanismo mental para olvidar la brutalidad de aquella cara tapada en el parque, de aquellas manos enguantadas de negro que desgarraron sus ropas y forzaron sus muslos hasta que no pudo más.

Los signos me acosan, ¿o es esta casa compartida con ella tanto tiempo? Seis a la ida, seis a la vuelta, así, con las manos hundidas en los bolsillos, atendiendo a las losetas que se mueven, a los turbios duplicados del espejo y a las curvas del gato. ¿Qué va a pasar? El terremoto inminente cuando ella llegue a por sus cosas (¿traerá al niño?), cuando otra vez le diga que no comulgo con esa historia de la violación silenciada tantos años y que esto nuestro se habrá ido a pique sin remedio si no me cuenta la verdad de ese hijo repentino; el terremoto que presienten el gato y la begonia



en sus profundas memorias sin tiempo, el terremoto dibujado en los rizos de la toalla y en la pared castigada por la lluvia.

Seis a la ida, seis a la vuelta, incansable derrotero para sustituir a mis uñas comidas ya hasta la mitad en la espera insoportable del porvenir. Seis a la ida y seis a la vuelta hasta que otra vez explotan las perspectivas y son siete a la ida y cinco a la vuelta, ocho a la ida y cuatro a la vuelta, un paseo que se infla en un solo sentido como para acercarme al único camino de salida, darme cuenta al fin de que estoy huyendo de la foto del niño guardada en mi bolsillo porque en esa cara de seis años están ya todos mis rasgos, los mismos que deforma el espejo cuando lo miro. ¿Qué va a pasar ahora?, ¿qué ocurrirá cuando ella llegue y yo avance en el camino sin salida al que me llevan mis pasos guiados por los signos?, ¿qué va a pasar cuando al fin la vea por la mirilla de la puerta y recuerde con un cañonazo desde el fondo de la memoria cuando la vi desde los agujeros del pasamontañas debatiéndose sin fuerzas tirada en la hierba húmeda bajo mi peso anónimo ahora descubierto sin remedio?